

# LLAMADOS A CUIDAR LA IGLESIA

Lecciones del apóstol Pedro



ROBERTO HERRERA



# LLAMADOS A CUIDAR LA IGLESIA

Lecciones del apóstol Pedro



LLAMADOS A CUIDAR LA IGLESIA  
LECCIONES DEL APÓSTOL PEDRO



IADPA

Inter-American Division Publishing Association  
2905 NW 87 Ave. Doral, Florida 33172 EE. UU.  
tel. +1 305 599 0037 - mail@iadpa.org - www.iadpa.org

Presidente: **Saúl Andrés Ortiz**  
Vicepresidente de Producción: **Elías Peiró**  
Vicepresidente de Finanzas: **Moise Javier Domínguez**

---

Dirección Editorial

**J. Vladimir Polanco**

Edición

**Juan Fernando Sánchez**

Diseño, diagramación y portada

**Kathy Hernández de Polanco**

Copyright © 2025

**Inter-American Division Publishing Association\***

ISBN: 979-8-89914-068-6

283649

Impresión y encuadernación: Editorial Nomos S. A.

Impreso en Colombia / *Printed in Colombia*

1ª edición: octubre 2025

Procedencia de las ilustraciones: Istock, Kathy Hernández

Está prohibida y penada, por las leyes internacionales de protección de la propiedad intelectual, la traducción y la reproducción o transmisión, total o parcial, de esta obra (texto, imágenes, diseño y diagramación); ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia, en audio o por cualquier otro medio, sin el permiso previo y por escrito de los editores.

En esta obra las citas bíblicas han sido tomadas de la Reina Valera, revisión de 1995: **RV95**: Reina-Valera revisión de 1995 © Sociedades Bíblicas Unidas. También se ha usado la **TLA**: Traducción al Lenguaje Actual © Sociedades Bíblicas Unidas, la **NVI**: Nueva Versión Internacional © Bíblica, la **NVI CST**: Nueva Versión Internacional Castilian © Bíblica, la **DHH**: Dios Habla Hoy © Sociedades Bíblicas Unidas, la **BLA**: La Biblia de las Américas: © The Lockman Foundation

En las citas bíblicas, salvo indicación en contra, todos los destacados (cursivas, negritas) siempre son del autor o el editor.

Las citas de las obras de Elena G. de White se toman de las ediciones actualizadas caracterizadas por sus tapas color marrón, o, en su defecto, de las ediciones tradicionales de la Biblioteca del Hogar Cristiano de tapas color grana.

# Dedicatoria

Dedico este libro a todas las personas que tienen la noble tarea de cuidar las iglesias.

En especial, a quienes además de ejercer esa responsabilidad, poseen un corazón de pastor. Es verdaderamente conmovedor verlos cuidar lo más valioso que Dios tiene en este mundo.





---

# CONTENIDO

Prólogo .....	<b>06</b>
Introducción .....	<b>10</b>
1. ¿Repensar la iglesia, o repensar nuestras ideas sobre ella? .....	<b>16</b>
2. Todo un personaje .....	<b>30</b>
3. Días convulsos .....	<b>40</b>
4. Manos a la obra .....	<b>48</b>
5. Administrando el orden .....	<b>62</b>
6. «¡Si yo fuera levantado!» .....	<b>76</b>
7. Un paso antes de la caída .....	<b>92</b>
8. Tendrán que ser valientes .....	<b>110</b>
9. «¿Qué haremos con estos?» .....	<b>122</b>
10. La santidad no es negociable .....	<b>136</b>
11. Un liderazgo que no discrimina .....	<b>156</b>
12. Gente que cuida a gente .....	<b>170</b>
13. El abrepuestas de Dios .....	<b>182</b>
14. Simón dice (1ª parte) .....	<b>196</b>
15. Simón dice (2ª parte) .....	<b>210</b>
16. Pasando el testigo .....	<b>224</b>




---

# Prólogo

«Las puertas del infierno  
no prevalecerán contra ella»  
(Mateo 16:18).

---



**D**ios tiene muy cerca de su corazón la iglesia que él fundó. Nos dejó una gran promesa para que estuviéramos seguros de que la iglesia es victoriosa en Cristo: «Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» (Mat. 16:18). Cualquier duda sobre la iglesia, con este solo versículo se disipa. Dios está en control. De forma general, la iglesia, aunque tiene que enfrentar graves dificultades, su victoria es segura. Esta premisa bíblica no elimina el hecho de que algunas iglesias locales, si no siguen los principios bíblicos de crecimiento que se plantean en la Biblia, puedan desaparecer de su entorno inmediato.

Elena G. de White hace un aporte significativo acerca de la iglesia del Señor al expresar que «por débil e imperfecta que parezca, la iglesia es el objeto al cual Dios dedica en un sentido especial su suprema consideración. Es el escenario de su gracia, en el cual se deleita en revelar su poder para transformar los corazones» (*Los hechos de los apóstoles*, p. 11). En esta cita, la señora White no dice que la iglesia es débil, sino que parece débil; esa es otra realidad. Así que no te confundas con el poder de la iglesia, porque ese poder no mana de sí misma, ni siquiera de quienes la componen o dirigen: su poder viene del Espíritu Santo.

Pensar que Dios le dedica a la iglesia suprema atención y consideración debe llamar nuestra atención a tener cuidado de tan importante institución creada por él. La iglesia tiene el

santo objetivo de ser el lugar donde se represente el verdadero carácter amoroso de Dios y donde las vidas puedan ser transformadas. Ese es el desafío que tenemos hoy: solo así tendremos iglesias saludables.

De manera sorprendente, por lo menos para mí, para cuidar su iglesia en la tierra y todo lo que tiene que ver con su funcionamiento práctico, Dios no se vale de seres celestiales, sino de seres humanos imperfectos nos hace sus colaboradores (1 Cor. 3: 9). Somos imperfectos; en las manos de un Dios perfecto, eso da como resultado una obra extraordinaria. Tal fue la experiencia del apóstol Pedro, y esta significativa obra nos ayuda a conocerla.

Cuando miramos la vida del apóstol Pedro, tiene que ser una de las más impactantes, llamativas, ilustrativas, frustrantes, intensas, arriesgadas y espirituales de todos los personajes bíblicos. Es extraordinario el hecho de cómo en una sola persona se puedan conjugar tantas experiencias y emociones y, al final, salir victorioso como cristiano y como dirigente valioso para la iglesia. Lo bueno es que nosotros también podemos aprender de esas experiencias para ser mejores dirigentes en la causa de Dios.

Muchas veces presentamos a Pedro como una persona tosca, acelerada, que siempre tomaba la palabra de primero, un traidor, entre otros. Sin embargo, el pastor Roberto Herrera, de manera magistral en este libro LLAMADOS A CUIDAR LA IGLESIA: LECCIONES DEL APÓSTOL PEDRO, nos presenta a Pedro desde otra perspectiva innovadora: un Pedro transformado por el Espíritu Santo, quien llegó a ser un gigante en la administración de la iglesia. Lo presenta como un pastor que cuida a su iglesia. Es como si existieran dos Pedro: uno antes del sacrificio de Cristo y otro después.

A los dirigentes de la Iglesia Adventista en todos los niveles, y a aquellos que desean serlo, les recomiendo leer esta obra práctica e ilustrativa. Encontrarán orientaciones plenamente basadas en la Palabra de Dios, el Espíritu de Profecía y la experiencia probada del autor en su trayectoria ministerial. El pastor Roberto Herrera nos ayuda a ver al apóstol Pedro como un referente de buen dirigente después de la ascensión de Cristo. Un líder que tuvo una visión enfocada en Cristo, por lo cual podemos entender sus notables éxitos.

En la experiencia de Pedro notamos a una persona que recibió múltiples oportunidades de Dios y las supo aprovechar. Una de las lecciones más importantes que aprendemos de Pedro al leer esta obra es que el líder debe dirigir con humildad para ser exaltado por Dios. Esta cualidad permitió que el

orgullo y la confianza propia desaparecieran de la vida de Pedro y se escondiera en Cristo. Para cuidar la iglesia de manera efectiva, el líder debe tener el valor suficiente para enfocarse en lo que es correcto y actuar en consecuencia. Eso lo vemos en la experiencia de Pedro con el caso de Ananías y Safira. No tomó nada como algo personal, sino que dejó bien claro que todo se trataba de un engaño hacia Dios.

LLAMADOS A CUIDAR LA IGLESIA: LECCIONES DEL APÓSTOL PEDRO motiva de manera efectiva al dirigente a tener un acercamiento personal con quienes dirige. Lo más importante en la iglesia son las personas que la componen. Sin personas no hay iglesia; por eso Pedro fue efectivo, porque se acercó a la gente y tuvo que luchar contra los prejuicios propios del ser humano. Él puso a las personas y su salvación por encima de todo, como vemos en el caso de Cornelio.

Aprendemos de la vida de Pedro, y así se hace notar en esta obra, que todo aquel que tiene la responsabilidad de cuidar la iglesia debe tener un alto concepto de la misión de la iglesia y de la participación de los miembros en ella: «Pero ustedes son descendencia escogida, sacerdocio regio, nación santa, pueblo que pertenece a Dios, para que proclamen las obras maravillosas de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable» (1 Pedro 2: 9).

En la experiencia dirigenal de Pedro encontramos a alguien que no solo dirigía, sino que se dejaba dirigir por Dios. No solo decía que había que ser transformado por el Espíritu Santo, sino que fue transformado por el Espíritu. No solo creía que Dios era un Dios de oportunidades, sino que aprovechó cada oportunidad que Dios le brindó. Este tipo de líderes necesitamos hoy para cuidar la iglesia.

Pedro nos motiva como dirigentes a ver el cuadro completo de la iglesia, a cuidarla y amarla como el especial tesoro de Dios en la tierra, según 1 Pedro 5: 1-4. Aplicar los principios que están en este libro te ayudará a ver ese cuadro completo y a ser un dirigente de éxito para la gloria de Dios y el cumplimiento de la misión en esta tierra.

**Teófilo Alexis Silvestre Reyes**  
**Presidente de la Unión Dominicana**  
**de los Adventistas del Séptimo Día**

---

# Introducción

«Edificaré mi iglesia».

**Jesucristo**

---



# N

ada en este mundo me hace sentir más optimista que pensar en el destino que le espera a la iglesia que fundó el Señor Jesucristo. Hablando desde mi corazón, puedo decir que estoy completamente convencido del triunfo de la iglesia. De hecho, comparto en todas sus partes la siguiente declaración: «La iglesia es ahora militante. [...] Pero se acerca el día cuando habrá terminado la batalla y la victoria habrá sido ganada» (*El ministerio de curación*, p. 404). Así que el presente libro no fue escrito para mostrar algún tipo de preocupación por el futuro de la iglesia o destilar subrepticamente algo de pesimismo acerca de ella.

También estoy convencido de que, aun reconociendo la realidad del triunfo de la iglesia como cuerpo de Cristo en todo el mundo, las cosas no serán fáciles. Es posible que congregaciones que forman parte de ella, y que el Señor estableció para que fueran faro, columna y apoyo de la verdad, lleguen a enfermar, incluso a morir. Y algo así conlleva el infortunio de personas que debieron ser alcanzadas o nutridas por esas congregaciones, las cuales incumplieron su cometido.

Sabemos por la profecía bíblica que históricamente Satanás ha estado activo en sus planes para perseguir y atacar a la iglesia (Apoc. 12). Como el enemigo odia a Dios, muestra ese odio atacando y tratando de destruir todo lo que Dios ha hecho para llevar adelante sus planes en este mundo. Por supuesto Satanás es un enemigo vencido y nunca ha podido impedir el avance del reino de Dios en este mundo. No obstante, de forma inconsciente y pasiva podemos hacer que sus malvados planes se vean favorecidos si no somos cuidadosos y celosos con cada sencilla congregación que el Señor nos ha entregado para que la cuidemos.

Por eso insisto en que, aun si no lo reconocemos, la verdad es que una congregación puede enfermarse, reducirse y hasta

llegar a morir. Siendo cierto que Jesús dijo que ni las puertas del infierno pueden detener a su iglesia (Mat. 16: 18), también lo es que esto se dijo de la realidad de su obra en este mundo y desde la seguridad de que el plan de Dios triunfará. Pero no debe entenderse como si fuera una especie de seguro de vida para una congregación incapaz de reconocer su necesidad de mantenerse edificada y espiritualmente saludable.

Sí, la iglesia triunfará, y al mismo tiempo hay congregaciones que pueden fracasar no llegando a ser parte de ese triunfo. Ya le pasó al Israel literal y le puede pasar a cualquier congregación que sea parte del Israel espiritual. Por eso creo que descuidar nuestras congregaciones, aceptando que un buen número de ellas no crezcan ni muestren vitalidad espiritual, es como saber que un ladrón anda cerca y dejarle las puertas y ventanas de la casa abiertas.

Una congregación de cualquier tamaño y en cualquier lugar es una fortaleza en favor del Señor y una declaración de guerra contra el enemigo. Entonces, no podemos esperar tener congregaciones y creer que estarán bien y que no enfrentarán problemas y ataques. No debemos pensar que crecerán simplemente porque están ahí, que se mantendrán vivas solo porque las tenemos incluidas en alguna lista, o porque se les haya asignado algún pastor. Se necesita más que esto para tener iglesias que sean realmente congregaciones saludables y crecientes.

### LA CUESTIÓN DEL LIDERAZGO

Una de esas cosas que, estimo, son innegociables si queremos tener ese tipo de iglesias es proporcionarles un liderazgo espiritual certificado y profesional en lo que hace. Si tienes una o varias iglesias que cuidar, o si estás tratando de establecer una o muchas congregaciones en algún lugar, necesitas contar con líderes espirituales dotados por Dios para cuidarlas. Debería prestársele más atención al consejo de Cristo: «Rogad, pues, al Señor de la mies que envíe obreros a su mies» (Mat. 9: 38).

Tomo ahora prestadas las palabras que usó el diplomático y politólogo estadounidense Henry Kissinger porque son adecuadas para destacar este punto: «En las instituciones humanas —estados, religiones, ejércitos, empresas, escuelas—, se necesita liderazgo para ayudar a las personas a ir desde donde están a donde nunca han estado y, a veces, a donde apenas imaginan que pueden llegar. Sin liderazgo, las instituciones pierden el rumbo y las naciones se exponen a una irrelevancia cada vez mayor y, en última instancia, al desastre» (*Liderazgo*, p. 3).

Basándome en lo que acabamos de ver, quiero admitir que escribí este libro, en buena medida, porque me preocupa el liderazgo de la iglesia. Y de inmediato deseo aclarar que al referirme al liderazgo estoy pensando en todos los que tenemos alguna responsabilidad en ella, ya sea administrativa, de dirección de algún departamento o servicio, pastoral, o en cualquier área dentro de las congregaciones locales.

El liderazgo me preocupa primariamente como parte humana de la iglesia y porque, aunque no determine su triunfo final, sí tiene un impacto importante en lo que ocurre aquí y ahora, debido a que Dios ha decidido trabajar a través de las personas. Y me preocupa también por lo que observo y veo aquí y allá.

Por un lado observo que, al menos en la práctica, hay quienes parecen pensar que las congregaciones como organismos de avanzada del reino de Cristo pueden ser sustituidas por el trabajo de especialistas que diseñan y llevan a cabo eventos y programas encaminados a producir algún tipo de crecimiento. Esto es lo que debemos identificar como el proceso de institucionalización de la iglesia. Un proceso que gradualmente transfiere la iniciativa y las competencias de las congregaciones locales a departamentos, oficinas y comisiones, en busca de cumplir con la misión de la iglesia. En el fondo, se trata de un ataque no intencionado a la salud y el crecimiento de las congregaciones que, de cualquier manera, tiene sus consecuencias.

También se puede observar a los que, de nuevo buscando que la iglesia sea «más eficiente», proponen el establecimiento de congregaciones completamente diferentes a las que ya tenemos. En estos casos, mucho de lo que estos proyectos ofrecen es relevancia cultural, sensibilidad centrada en la persona a la que se pretende alcanzar, uso del lenguaje y de una dinámica de culto que sea «más atractivo» o «menos proselitista», y formación de un tipo de dirigentes que funcionen más como entrenadores que como líderes espirituales representan. De nuevo, con toda la buena intención que estas iniciativas puedan tener detrás, lo que observo es que su éxito se basa en la idea de que hay que reinventar la iglesia, porque según ellos el diseño original ya no es relevante ni atractivo para los posmodernos.

Y también quiero referirme a aquellos que son nombrados, incluso algunos pagados para cuidar de las congregaciones, pero que no consideran que ese trabajo sea importante. Muestran cansancio, aburrimiento, insensibilidad, un pobre desempeño y, lo que es peor, desconexión espiritual. Tal vez este sea uno de los peores daños que reciben las congregaciones, es decir, que aquellos que están para cuidarlas terminen descuidándolas, que aquellos nombrados para

alimentarlas tan solo les den comida chatarra, y que aquellos que deben asegurarse de acompañarlas no conozcan sus necesidades reales, ni les importen.

Por todo esto, se necesitan muchos líderes espirituales que amen a Dios, amen a la iglesia, sepan cómo funciona y cómo se la debe atender.

Desde hace tiempo vengo pensando que la iglesia como organización debería ver como uno de sus mayores desafíos y más urgentes prioridades el asunto relacionado con su liderazgo. Hay que preparar líderes sobre todo para que cuiden de las congregaciones, hay que fortalecer y ayudar a crecer aún más a los líderes que ya están ejerciendo ese trabajo.

Tengo la impresión de que en más de un lugar la iglesia le ha dado más importancia a tener un plan estratégico para alcanzar a las personas para Cristo que a tener dirigentes que logren que los miembros de las congregaciones puedan seguir esos planes. Hay que admitir que si no tenemos buenos líderes en el nivel local, entonces nuestros planes, por estratégicos que sean, no llegarán muy lejos y terminarán convirtiéndose en una planificación rutinaria que produce movimientos pero no siempre avances.

Por eso, al llevar a cabo ese proceso de preparar dirigentes, la iglesia debe pensar cuidadosamente en cómo serán formados, y de dónde vendrán las ideas y principios que los convertirán en líderes espirituales.

### LOS MODELOS DE LIDERAZGO HAN DE SER LOS DE JESÚS

Lo anterior lo digo porque hay lugares donde se intenta preparar a las personas que han de cuidar de la iglesia con técnicas y programas que promueven estilos de dirección que son populares en el mundo de hoy pero que no sintonizan con la Palabra de Dios. Esto me parece un gran error, y también pienso que puede pagarse un alto precio de seguir haciéndose, porque no hay que olvidar que fue el propio Señor Jesucristo quien advirtió y estableció lo siguiente: «Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo» (Mat. 20: 25-27).

Parece claro en estos textos que Jesús no quiere que quienes dirigen su iglesia lo hagan, o se les enseñe a hacerlo, con los modelos que se usan en el mundo. «Entre vosotros no será así». Y si no será así, entonces debemos preguntarnos: ¿Cómo debe ser?

Ese es precisamente el tema de este libro. Estoy convencido de que Dios nos ha provisto los principios del liderazgo espiritual en su Palabra. También lo estoy de que estos se reflejan de manera inteligible en las instrucciones del propio Cristo y en la experiencia de vida y liderazgo de los hombres y mujeres que aparecen en las Sagradas Escrituras. Sobre esta base, he tomado material biográfico acerca del apóstol Pedro extraído de los Evangelios, de los primeros doce capítulos del libro de Hechos de los Apóstoles, y de las dos cartas universales del propio Pedro. Con este material he tratado de identificar una serie de principios que funcionan para personas que ocupan posiciones de liderazgo en la iglesia en cualquier nivel y capacidad o área de la misma.

Este libro no es una biografía del apóstol Pedro, ni está escrito para un tipo de líder en particular, porque todos, aunque no en el mismo nivel ni en la misma función, estamos llamados a ejercer influencia o liderazgo en la obra de Dios. Lo que sí he tratado de hacer es escribirlo de una manera sencilla, práctica y que use la historia de Pedro para resaltar el asunto más importante que aborda esta obra, a saber, la importancia y urgencia de dedicarnos a cuidar de la iglesia del Señor y entender cómo se hace eso. Cosa que trataremos de hacer en función del ejemplo que nos dejó un hombre a quien Cristo llamó, comisionó, enseñó, restauró, transformó y habilitó con los dones y el poder que otorga el Espíritu Santo, para esta tarea en particular.

El autor de este libro cree que si se trata de cuidar la iglesia, el apóstol Pedro es la mejor historia que podemos estudiar en la Biblia para aprender a hacerlo. Y quiero que sepas, si te animas a ir por las páginas que siguen, que varias veces, mientras escribía, me detuve por causa de pensamientos que el Señor puso en mi mente y me ayudó a plasmar en este libro. Y que le pedí a él en oración que iluminara, como lo hizo conmigo, a la persona que lo leyera, con el deseo de glorificarle cuidando de lo más importante que él tiene en este mundo, su iglesia. Espero que esa oración se cumpla en ti.

Como dirigente de la iglesia igual que tú, quiero aprender cada día a hacer mejor mi trabajo, a ser un instrumento en las manos de Dios a través del cual él pueda mostrar su excelencia. Quiero, como Pedro, ser testigo de la gloria que ha de manifestarse y, sobre todo, quiero recibir la corona de la vida cuando venga el dueño y principal dirigente de esta iglesia, el Señor Jesucristo. Y todo eso también lo deseo para ti.

Y ahora, te invito a conocer, tal vez más de cerca, al apóstol, pastor, siervo del Señor y uno de los más influyentes líderes que ha tenido la iglesia cristiana en toda su historia: Simón Pedro.




# 01

---

## ¿Repensar la iglesia, o repensar nuestras ideas sobre ella?

«La iglesia nos pide que al entrar en ella  
nos quitemos el sombrero, no la cabeza».  
—Gilbert Keith Chesterton

---



**E**ste libro tiene claramente un personaje central que lo atraviesa todo. Es el más famoso de todos los discípulos que anduvieron con Cristo durante su ministerio terrenal, a saber, el apóstol Pedro. Pero este libro también intenta valerse de la historia de Pedro para tratar un tema que se desarrolla en paralelo con cada aspecto de la vida del apóstol en que nos fijaremos; me refiero al cuidado de la iglesia. Hablaremos, pues, de cómo los líderes de hoy día debemos apacentar el rebaño del Señor, basándonos en lecciones tomadas de la vida del apóstol Simón Pedro.

Así que, para contextualizar mínimamente nuestro tema central, vamos a hablar sobre ciertos asuntos que puedo observar y que me parecen parte de la actual realidad de la iglesia.

Comenzaré por decir que las congregaciones locales siguen siendo la estructura más importante para el avance de la iglesia. Siguen constituyendo su presente y su futuro como organización, de cara a la misión que le fue asignada por Cristo. Esto es así pese a todo el descuido que las congregaciones sufren muchas veces y a los ataques más o menos solapados, y en general involuntarios, de que son objeto por parte de religiosos con mentalidad de empresarios o de falsos reformadores. Por lo tanto, en

todas partes debería reconocerse la necesidad de establecer nuevas congregaciones locales que sean saludables y crecientes, y ayudar a las que ya están establecidas a convertirse en verdaderas fortalezas de avanzada del reino de Cristo.

En contraste con lo anterior, tanto en el pasado como en estos días, el diagnóstico autorizado ha llamado nuestra atención hacia una realidad muy distinta. «Las iglesias están a punto de morir porque no son fortalecidas en la semejanza de Cristo. Al Señor no le agrada la forma descuidada en que las iglesias han sido dejadas debido a que los hombres no son mayordomos fieles de la gracia de Dios [...]. Las iglesias están debilitadas y enfermas debido a la infidelidad de las personas que deberían trabajar con ellas, cuyo deber consiste en velar sobre ellas, y en atender a las almas como quienes saben que han de rendir cuentas» (*El evangelismo*, p. 240).

Al reflexionar en la declaración anterior, me parece que la existencia de congregaciones que no crecen ni muestran salud espiritual es un descuido de graves consecuencias sin duda fruto de haber exacerbado el institucionalismo eclesiástico, llevándolo más allá de lo conveniente. La historia está ahí para mostrarnos que a medida que se acentúa el institucionalismo, con su tendencia a concentrar toda la autoridad en una persona o un pequeño grupo de dirigentes que representan la organización burocrática de la iglesia, con frecuencia una de las primeras cosas que se debilitan, y a veces hasta mueren, es la iniciativa local. El problema de hacer descansar el cumplimiento de la gran comisión evangélica y las relaciones entre los fieles en una estructura que opera desde oficinas y a través de programas y eventos es que, por su naturaleza, la iglesia local no puede ser dirigida a distancia, por medio de votos o acuerdos, o desde plataformas digitales. Esto no favorece su salud espiritual y su avance misionero. No es suficiente elaborar, renombrar y lanzar «nuevos» programas institucionales y suponer que el entusiasmo con que los apóstoles de estas iniciativas las promueven sea igual de intenso también en el nivel local.

### MOVIMIENTO Y MISIÓN FRENTE A INSTITUCIONALISMO

Por eso, me parece importante destacar que la idea de Cristo en cuanto a la iglesia fue esencialmente la de un movimiento misionero compuesto por personas que decidieran voluntariamente ser aprendices permanentes suyos. Personas que, al mismo tiempo, se dedicaran a buscar a otros y hacer de ellos nuevos aprendices de Cristo, también de forma permanente. Es a través de esa dinámica eclesial como Dios hace posible el crecimiento de su obra en

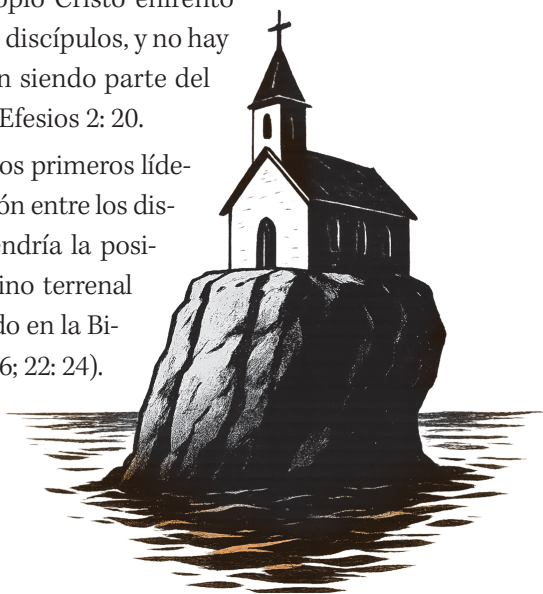
esta tierra. La iglesia, bíblicamente hablando, siempre tiene que ver con personas que son llamadas a vivir una experiencia de salvación, y no con una organización exitosa, o que crece admirablemente, o que puede presentar impresionantes estadísticas de su desempeño.

Y debido a que existen esas dos maneras de ver la iglesia, creo que hemos llegado a un punto en que tendremos que decidir si vamos a dirigir la iglesia de Cristo con sus ideas, o intentaremos darle una «ayudita» al Señor, escogiendo otras formas de «hacer la obra de Dios». Creo que al tomar esa decisión deberíamos tener en cuenta la realidad que nos recuerda David Wells: «El reino de Dios no es un negocio humano abierto a nuestro control y manipulación. Dios se esconde de los ojos y los poderes de este siglo. Hay una evidente autonomía en él. Es incontrolable. No está obligado por nuestros esquemas, nuestros líderes, nuestros programas o nuestro *marketing*» (*El valor de ser protestantes*, p. 357).

La importancia de todo esto para los intereses de este libro es que estamos hablando de un asunto que concierne primariamente al liderazgo de la iglesia. En otras palabras, si hay problemas en cuanto al funcionamiento de las congregaciones y a la forma en que se las atiende hoy día, debemos aceptar que se trata de algo mayormente generado por el liderazgo de la iglesia.

Por supuesto, debe decirse también que los problemas relacionados con el liderazgo de la iglesia no son en absoluto un fenómeno nuevo. Si vamos a la Biblia, hallaremos que el propio Cristo enfrentó dificultades de este tipo con sus primeros discípulos, y no hay que olvidar que estos apóstoles acabaron siendo parte del fundamento de la iglesia, según nos dice Efesios 2: 20.

Como prueba de los problemas entre los primeros líderes de la iglesia, podríamos citar la discusión entre los discípulos de Jesús por determinar quién tendría la posición más importante en un hipotético reino terrenal de Cristo, lo cual es algo bien documentado en la Biblia (Mat. 20: 20-28; Mar. 9: 33-34; Luc. 9: 46; 22: 24). También están las ideas desproporcionadas y muchas veces no acordes con el plan de Dios que traían a la consideración de



Cristo sus principales colaboradores (Luc. 9: 54; Mat. 17: 4; 16: 22-23). Todo esto habla en alta voz de líderes desubicados o, al menos, distraídos.

Y qué decir de la traición de Judas (Mat. 26: 14-16), de la negación de Pedro (26: 69-75), del abandono a Cristo de todos sus discípulos en el momento de su mayor crisis humana (26: 56). Todos estos son hechos que también hablan fuerte y claro de una iglesia que desde sus inicios ha sufrido el desafío de tener líderes que no siempre han estado a la altura de lo requerido.

Ya en el tiempo inmediatamente posterior a la ascensión de Cristo al cielo, los apóstoles, como dirigentes terrenales de la iglesia, tuvieron también que afrontar problemas relacionados con la gobernanza eclesial que pusieron a prueba la unidad, el avance y el testimonio de las congregaciones de la época. Como ejemplos de esto último, tenemos el caso que se suscitó entre los griegos y judíos por la atención a sus respectivas viudas (Hech. 6: 1-16), el asunto de la entrada de gentiles a la iglesia (Hech. 15), la situación con Ananías y Safira (5: 1-11), entre otros que menciona el Nuevo Testamento. Son episodios que dan la razón a quienes piensan que, desde la perspectiva humana, todo se levanta o se cae dependiendo del liderazgo que se ejerza.

Mas de dos mil años después, las cosas en este sentido no han cambiado. Aún en nuestros tiempos la iglesia afronta desafíos para conseguir buenos dirigentes que ayuden a mantener funcionando de manera adecuada tanto su estructura organizativa como sus congregaciones. Estos desafíos en el liderazgo de la iglesia son la causa directa de que, por un lado, amenace el institucionalismo, que cuando se sale de control puede ser a veces intimidante y a veces paralizante. Y de que, por otro lado, tengamos aquí y allá las actitudes propias del congregacionalismo, que siempre conlleva el riesgo de ser corto de miras y presa fácil de cualquier líder carismático que imponga sus ideas y preferencias.

### LA IGLESIA LOCAL COMO ÁMBITO ESPECIAL

Me parece que como resultado de todo este cuadro que venimos pintando acerca de los desafíos en el liderazgo, las congregaciones locales son las que han sufrido las más grandes transiciones y los más notables ataques por parte del enemigo.

¿Por qué la iglesia local? Seguramente puede hacerse un listado de razones, pero mencionaré algunas que me parecen relevantes para los propósitos de este libro.

En primer lugar es obvio que al atacar a la iglesia local, Satanás encuentra una manera de atacar de forma muy directa a Jesús. Sabemos por la Biblia que la existencia de la iglesia es una decisión soberana de Dios y es también una declaración de guerra abierta contra el enemigo. La forma como Cristo anunció la creación de la iglesia en Mateo 16: 18 muestra esto claramente: «Y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no la dominarán». Según este texto, el mismo día en que Jesús anunció la fundación de su iglesia, él también admitió que la existencia de ella desafiaría el avance de los planes de Satanás de una forma que a este le complicaría decisivamente las cosas. Es razonable, entonces, ver a Satanás tratando de destruir la iglesia o al menos de debilitarla tanto como pueda con tal de evitar verse derrotado por ella. Dicho de otra manera, la iglesia nació sentenciada a sufrir los intentos del enemigo por impedir su avance y triunfo final.

El libro de Apocalipsis nos dice que en los últimos días, Satanás se levantará con ira y hará la guerra «con el resto». Este resto o remanente, naturalmente, es el cuerpo de Cristo, compuesto por todos los «que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo» (Apoc. 12: 17). Entonces, debemos entenderlo, Satanás odia a Cristo y, debido a ese odio, quiere destruir la iglesia que pertenece a Cristo.

En segundo lugar, nuestra decisión de ser leales a Cristo ha provocado que Satanás se haya convertido en nuestro enemigo personal.

En una ocasión Jesús le dijo a Pedro que Satanás le había pedido permiso para zarandear a todos los discípulos como si fueran granos de trigo. Incluso le profetizó que ese ataque del enemigo representaría una caída para él en particular, pero también le aseguró su ayuda y poder; además le encomendó que, una vez restaurado, ayudara a los demás creyentes a enfrentar los ataques que ellos recibirían igualmente de parte de Satanás (Luc. 22: 31).

Entonces queda claro aquí que ningún ser humano que vive en este mundo con la decisión de ser fiel a Cristo puede librarse, esté donde esté, de que el enemigo haga planes para destruirlo. Y si Satanás quiere zarandear a cada persona, su deseo se incrementa cuando esas personas se hallan entre quienes aceptan a Cristo como su Salvador personal y se reúnen como su iglesia, pues en ese caso se convierten en una verdadera amenaza para Satanás.

Al adorar, orar, enseñar y animarse unos a otros a vivir y proclamar el reino de Dios, los cristianos al mismo tiempo proclaman la derrota del enemigo. Es de



La existencia de la iglesia es una decisión soberana de Dios y es también una declaración de guerra abierta contra el enemigo



esperar que este hará todo lo posible para evitar que su derrota se consume. Por eso luego encontraremos a Pedro dando cumplimiento al encargo que le hizo Cristo de confirmar y cuidar de sus hermanos, por ejemplo al decirles: «Sed sobrios y velad, porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar» (1 Ped. 5: 8). Pedro sabía esto no solo porque Jesús se lo enseñó, sino porque lo vivió en carne propia; es decir, sus palabras eran asimismo un testimonio de vida.

También el apóstol Pablo era consciente de esta realidad que enfrenta todo aquel que decide ser fiel a Cristo. Por eso, anima a los creyentes a usar toda la armadura de Dios para poder hacer frente a los ataques que vendrán de parte del adversario (Efe. 6: 10-13).

En fin, Satanás no solo es enemigo de Cristo, sino que también es enemigo personal de todo seguidor de Cristo. Y él sabe que es en la iglesia donde nos reunimos todos los seguidores de Cristo para mostrarle públicamente nuestro amor y lealtad; por eso odia la iglesia y quiere destruirla.

En tercer lugar, Satanás ataca a la iglesia porque sabe que esta es la columna de apoyo de la verdad de Dios para los que vivimos en este mundo (1 Tim. 3: 15).

El enemigo sabe que la religión verdadera no es una mera experiencia, sino que esta ha de hallarse cimentada y validada por una fe que no se da en el vacío, y que descansa en el conocimiento de la verdad en Cristo tal y como él la ha revelado en su Santa Palabra.

No es nada conveniente para el enemigo que existan iglesias que conozcan, prediquen, defiendan y vivan las verdades contenidas en la Biblia. Esto es algo que sin duda él quisiera evitar pues sabe que cada congregación local es una columna y apoyo de esa verdad. Cada púlpito que se levanta ante una congregación llena de personas, cada estudio bíblico impartido en un hogar en cualquier comunidad, cada reunión local celebrada para evangelizar o enseñar la doctrina bíblica, es algo contra lo cual las puertas del infierno no podrán prevalecer. Por eso Apocalipsis 12: 17 presenta al enemigo en los últimos días como un «dragón que se llenó de ira contra la mujer y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, contra los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo».

Claramente vemos aquí que el enemigo ataca a la iglesia y quiere destruirla porque ella guarda los mandamientos que Dios ha prescrito en su Santa Palabra y porque tiene el testimonio de Jesucristo que, según el propio libro de Apocalipsis, es el espíritu de la profecía (Apoc. 19: 10). Así que, cuanto más fiel y dedicada a la verdad revelada en la Palabra de Dios sea la iglesia, más ataques del enemigo que odia esa verdad deben esperarse. Esos ataques satánicos estarán dirigidos de manera particular a tratar de dañar la espiritualidad de la iglesia.

El enemigo sabe que aunque la iglesia es el tesoro especial de Dios en la tierra, si esta no muestra una sincera piedad que la distinga del mundo, si sus miembros no crecen en el conocimiento de Cristo y progresan en la vida espiritual, entonces no podrá ser sal de la tierra y luz del mundo. Por eso Satanás lucha hasta el fin para procurar que quienes forman parte de la iglesia frenen su crecimiento y dañen su espiritualidad. Intenta contaminar sus corazones con la maldad. Tristemente, en más de un lugar, el enemigo está logrando avances en su afán por reducir el nivel espiritual de la iglesia, y puede que la siguiente declaración describa fielmente la situación actual: «La iglesia ha perdido casi completamente su espiritualidad y fe, y las reprensiones y amonestaciones han tenido muy poco efecto sobre ella» (*Testimonios*, t. 1, p. 115).

No ha de extrañarnos que esta misma autora hubiera reconocido que «la mayor y más urgente de todas nuestras necesidades es la de un reavivamiento de la piedad entre nosotros» (*Review and Herald*, 22 de marzo de 1887).

Una vez que el enemigo logra dañar la espiritualidad de la iglesia, le es mucho más fácil obstruir o intentar corromper otras áreas vitales, como su misión,

sus doctrinas, la unidad de los creyentes en Cristo e incluso su sistema financiero, entre otras cosas. No cabe duda de que se trata de un gran conflicto que lo involucra todo y a todos.

Y hablando de todos, debe llamarnos la atención que, como ya hemos mencionado, Jesús le dijera a Pedro que el plan y deseo expreso de Satanás era zarandear a todos los discípulos que estaban con Jesús y en particular al propio Pedro. ¿Por qué este afán del enemigo contra los discípulos? La respuesta puede incluir el hecho de que al enemigo siempre le ha parecido una buena estrategia tratar de destruir la iglesia comenzando por deshacerse de sus dirigentes. De hecho, su primer gran ataque contra la iglesia fue su intento de matar al propio Cristo. Desde el momento de su nacimiento y durante todo su ministerio terrenal, tenemos registros que indican que el enemigo nunca renunció a esa idea.

Al final, Satanás nunca pudo quitarle la vida a Cristo, sino que él la entregó por nosotros. Y aunque esto le pareció al enemigo una señal de que había logrado la victoria, su frustración y su posterior enojo llegaron a la máxima expresión cuando nuestro Señor y Salvador resucitó de entre los muertos, salió de la tumba y dio continuidad al plan de salvación, sellando así la eterna derrota de Satanás. Por eso la Biblia indica que, habiendo sido derrotado por Cristo, el enemigo en su frustración se fue entonces a hacer guerra contra la iglesia que Jesús fundó. En estos últimos días, no se distrae de la tarea que se ha autoasignado de atacar al remanente o grupo final de esa iglesia, que aún sigue levantando en alto el estandarte de la verdad y la libertad en Cristo.

### TENTACIONES SOBRE LOS DIRIGENTES

El plan de Satanás con la iglesia sigue el mismo patrón que utilizó con Cristo. Ataca a los dirigentes en primer lugar, asecha, tienta y engaña. Quiere que creamos que todo gira alrededor nuestro, que estamos a cargo de la obra y debemos desarrollar nuestros planes siguiendo nuestras ideas o impulsos. Nos ofrece poder y falsas riquezas, sugiere que tomemos atajos aunque no puedan validarse con la Palabra de Dios, exactamente como hizo con Cristo en el desierto. Y todo esto para tratar de destruir la iglesia.

El Señor Jesús era consciente de este conflicto, de su alcance y de su duración. Y lo enfrentó con un plan integral que tiene garantías de triunfo. Por eso sabemos que este conflicto terminará con la victoria de Dios y de los que sean

fieles a Dios. ¿Cómo lo sabemos? Pues en primer lugar porque se nos informa de que Cristo ya venció y derrotó a Satanás en la cruz del Calvario. El apóstol Pablo da testimonio de esto en Colosenses 2: 15 al recordarnos que Jesús «despojó a los principados y a las autoridades y los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz».

Asimismo, el apóstol Juan dice que Cristo apareció para deshacer las obras del diablo (1 Juan 3: 8).

En segundo lugar Jesús ha prometido que la victoria que él logró sobre Satanás, también nos la concederá por su gracia y poder. Romanos 16: 20 afirma que «el Dios de paz aplastará muy pronto a Satanás bajo nuestros pies». En otras palabras, la victoria de Cristo será también nuestra victoria.

Y en tercer lugar, Cristo ha prometido interceder por nosotros para que podamos sobrevivir a los ataques del enemigo aun si estos nos causan algún daño. Estas fueron sus palabras a Pedro: «Simón, Simón, Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos» (Luc. 22: 31-32). Qué mensaje tan oportuno ha de haber sido ese para Pedro: «Yo he rogado por ti, para que tu fe no falte». Jesús quería que Pedro y todos los que somos atacados por el enemigo sepamos que no estamos solos, que el poder divino está de nuestro lado, y que toda esta guerra espiritual y todos los ataques que el enemigo nos haga directamente o usando a otros, es un intento de matar nuestra fe. Así que, pase lo que pase, debemos mantenerla firme en Cristo y en su Palabra. Si nos caemos, debemos levantarnos; si fallamos, pidamos perdón y apartémonos del mal. Pero la fe no se negocia, la fe hay que guardarla porque es nuestro escudo de protección contra los dardos envenenados del enemigo y porque Cristo está orando por ella para que siempre esté ahí. Pues, como dice la Escritura: «Al que cree [al que tiene fe] todo le es posible» (Mar. 9: 23).

Ahora bien, según puedo entender, en este pasaje de Lucas 22: 31-32 Jesús muestra que entre todos los discípulos él escogió a Pedro en particular para:

1. Explicarle el asunto de los ataques del enemigo contra todo el que quiera ser fiel a Cristo.
2. Enseñarle a vencer al enemigo aunque tuviera que experimentar caídas.
3. Encomendarle el ministerio especial de confirmar la fe de los que formaban parte del pueblo de Dios en su tiempo.

Por ello, creo que podemos entender mejor Lucas 22: 31-32 si lo estudiamos en conexión con el relato de la caída y restauración de Pedro que encontramos en pasajes como Mateo 26, Marcos 14, Juan 18 y, especialmente, el capítulo 21 del Evangelio de Juan.

Cuando uno revisa toda esta información, es posible llegar a entender que Jesús sabía que los ataques de Satanás en contra de la iglesia nunca se detendrían. También sabía que los que ocuparan las posiciones de dirigentes serían el blanco especial de esos ataques, y al parecer por eso preparó a Pedro como a nadie para enfrentar estos ataques aun después de la partida del Maestro de este mundo.

### JESÚS VELA POR PEDRO EN SUS HORAS MÁS DURAS

Jesús le dijo a Pedro claramente en Lucas 22: 32 que él iba a experimentar una dura caída espiritual. De hecho, la comparó con el tipo de sacudida que experimenta un grano de trigo que es zarandeado en una criba. Y Jesús no lo exoneró de esto, no le enseñó truco alguno para evitarlo, sino que le aseguró su apoyo y compañía durante el proceso, y le dio esperanza y seguridad de que, con su ayuda, acabaría siendo restaurado. Las palabras exactas fueron: «Y tú, una vez vuelto...». ¡Qué increíble! Estas palabras fueron dichas antes de la caída de Pedro, eran una clara admisión de que no le iría bien al discípulo, pero también implicaban una anticipada promesa de victoria. ¡Y tú, una vez vuelto! Es decir, te vas a ir lejos, vas a caer, pero no quedarás abandonado, no te dejaré tirado, vas a volver, te voy a restaurar, porque en eso consiste el gran conflicto, es la lucha entre Cristo y Satanás; el último quiere destruir a todos y el primero quiere salvarnos a todos. Cada persona está incluida, cada uno tendrá que experimentar el conflicto en persona, pero para cada uno están disponibles la gracia y el poder de Cristo.

Sabemos esto porque Jesús no solo le dijo a Pedro que volvería después de alejarse; también le dijo que, para cuando volviera, Jesús ya le tenía encomendado un ministerio especial, a saber, ir donde los demás hermanos y explicarles lo que Jesús le explicó a él, orar por ellos como Jesús oró por él, y confirmarlos en la fe en Cristo, que es el tesoro más importante que tiene el creyente. «Y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos».

¡Qué maravilloso es nuestro Dios! Él tiene un plan para impedir que Satanás, que ya está vencido por él, se salga con la suya con nosotros, que somos sus discípulos. Él peleará por nosotros, estará con nosotros durante las crisis, y tam-

bién nos invita a colaborar con él en el hermoso trabajo espiritual de confirmar a otros en la fe mientras nosotros mismos aprendemos a vivir por fe en Cristo.

Por eso, como sabemos por Juan 21, cuando Jesús se volvió a encontrar con Pedro tras resucitar, aquella mañana muy temprano tras el desayuno a la orilla del lago, el Maestro no gastó tiempo avergonzando a Pedro por lo que había hecho, ni preguntándole qué le había pasado. Jesús ya sabía todo eso, ya se lo había profetizado a Pedro. Ahora solo se aseguró de dos cosas, las dos que de hecho importan. En primer lugar, quiso saber si su fe había sobrevivido a la caída. Lo hizo por medio de una pregunta que le formuló tres veces, como dando a entender que esto era mucho más importante que la caída misma: «Pedro, ¿me amas?» (ver Juan 21: 15-17). Esta era la manera en que Jesús le preguntaba a Pedro si todavía tenía fe en él, si la oración que él le había dicho que haría en su favor («para que tu fe no falte») había recibido una respuesta positiva. Y una vez confirmado el asunto principal por tres veces, le dijo, sin perder más tiempo, lo segundo más importante: «Apacienta mis corderos, pastorea mis ovejas, apacienta mis ovejas» (ver 21: 15-17). En otras palabras, Jesús le estaba diciendo a Pedro: ya que has vuelto, dedícate al ministerio que te dije que tendría para ti llegado este momento. Dedicáte a confirmar la fe de tus hermanos.

¡Guau, qué hermoso! ¡Qué increíble es Jesús! El enemigo ruge, ataca, daña y quiere destruirlo todo, pero Jesús se mantiene con sus seguidores, con su



Pedro es el discípulo que fue vencido por Satanás y que llegó al punto de negar a Cristo, pero también el mismo que, por las oraciones, el amor y la intercesión de Jesús, regresó en arrepentimiento y fe para ser restaurado.



iglesia y se concentra en cuidar nuestra fe en el presente, en darnos un ministerio para el futuro que nos permita mantenernos conectados a él y libres del poder de Satanás.

## LAS LECCIONES DE LA VIDA DE PEDRO

Por eso me parece que la vida del apóstol Pedro es fascinante para estudiarla a la luz del plan que tiene Dios para cuidar de su iglesia en este mundo. Él fue un hombre especialmente escogido por Cristo para pastorear a la iglesia. A él se le preservó la fe en la hora más difícil de su vida, para que hiciera lo mismo con otros que pasarían situaciones similares.

De ahí que yo crea que cualquier dirigente de la iglesia en cualquier área o nivel puede aprender grandes lecciones sobre cómo hacer su trabajo revisando la vida del apóstol Pedro. Porque su ministerio estuvo exclusivamente dedicado a cuidar el rebaño de Cristo en todas partes. Se trata de un hombre que ejemplificó y enseñó un estilo de liderazgo espiritual que fue aprobado por Dios en su tiempo y que se necesita como nunca en el nuestro.

Pedro es el discípulo que fue vencido por Satanás y que llegó al punto de negar a Cristo, pero también el mismo que, por las oraciones, el amor y la intercesión de Jesús, regresó en arrepentimiento y fe para ser restaurado en el ministerio y dedicar el resto de su vida a cuidar el rebaño del Señor.

No puede asombrarnos entonces leer la primera carta del apóstol Pedro y comprobar lo hermosa, tierna, cálida y pastoral que sin duda es, y cómo brilla por ello en todo el Nuevo Testamento. Habla en ella el pastor que ama, cuida y confirma a la iglesia, y el líder que motiva y modela para los dirigentes la forma correcta de pastorear a esa iglesia. Si la leemos con cuidado, encontraremos en ella muchos textos que evidencian la seguridad que tenía el apóstol Pedro de que Cristo protegía y preservaba a su iglesia de los ataques del enemigo; la seguridad de que la fe era el medio para recibir el regalo de la gracia en Cristo, y de que los miembros de la iglesia eran un pueblo especial, escogido y santo, con la misión de amarse unos a otros y mostrarle al mundo los encantos incomparables del que los llamó de las tinieblas a la luz admirable del evangelio.

Esa es la visión y la convicción que da pie a la existencia de este libro. Y es también el enfoque que queremos seguir a lo largo de sus páginas, mientras avanzamos por la ruta del pastor más sobresaliente que tuvo la iglesia primitiva. En las páginas que siguen, inspirémonos al contemplar a Cristo actuando en la vida y ministerio del apóstol Pedro.

En la carta de Pedro habla el pastor que ama, cuida y confirma a la iglesia, y el líder que motiva y modela para los dirigentes la forma correcta de pastorear



